

El Capitalismo Es un Esquema Piramidal

El trabajo de los más abajo en la pirámide enriquece a los más arriba. Para mantenerse estable, la economía tiene que atraer más y más recursos- colonizando nuevos continentes, fuerzas laborales y aspectos de nuestras vidas. Las desigualdades resultantes sólo pueden mantenerse mediante una fuerza cada vez mayor: los ejércitos ocupan países, la policía patrulla los vecindarios, las cámaras de seguridad apuntan a cada caja registradora.

Los capitalistas ganan dinero no solo con lo que hacen, sino también con lo que poseen. Se necesita dinero para hacer dinero, como dicen. Los dueños de negocios, los propietarios y los accionistas grandes son capitalistas; también lo son los ejecutivos que reciben salarios reforzados con dinero producido por los esfuerzos de otras personas.

Los capitalistas sacan provecho de la actividad de los explotados. Los explotados solo pueden ganar dinero con su propio trabajo, por lo que es fácil para los empleadores pagarles menos del valor que producen. Cuando los bancos y las compañías de tarjetas de crédito ganan dinero con los deudores, los están explotando, al igual que una corporación que le paga a un empleado un dólar para hacer un par de zapatos de \$200.

Otros están a merced de la economía pero excluidos de participar en ella. Los desempleados y las personas sin hogar están excluidos, junto con la mayoría de los ocupantes de los barrios marginales de todo el mundo. Los presos a menudo son tanto excluidos como explotados, siendo obligados a trabajar por una miseria que equivale a trabajo esclavo. Estar excluido no es lo mismo que estar fuera del mercado—los desposeídos son pobres precisamente porque están dentro del capitalismo.

La economía remodela el terreno físico y social a su propia imagen: valles de silicio, ciudades de motores, repúblicas bananeras. Borra la distinción entre natural y sintético: un campo de maíz en Iowa no es más natural que el páramo de hormigón de Newark, Nueva Jersey. Transforma a los seres humanos en trabajadores, del mismo modo que reduce los bosques a papel higiénico y los cerdos a chuletas de cerdo.

El capitalismo unifica el mundo en una sola metrópoli. Las rosas recolectadas en plantaciones en el Ecuador rural se venden a empresarios de Manhattan el mismo día; un set de un DJ en una discoteca de Barcelona se transmite simultáneamente en Johannesburg. Las noticias, las modas y las ideas se transmiten instantáneamente en todo el mundo; cada ciudad está poblada por turistas y refugiados de todas las demás ciudades. Las personas pasan más tiempo comunicándose a través de cientos de millas que hablando con sus vecinos. La distancia física entre personas de diferentes ciudades está dando paso a la distancia social entre personas de la misma ciudad.

Las fronteras nacionales son cada vez más obsoletas como marco para comprender la economía. Ya no se puede distinguir la economía doméstica de la economía global, si tal cosa alguna vez fue posible. La mayor parte de la riqueza de muchas corporaciones estadounidenses se compone de sus participaciones en el extranjero; una sola tarea puede subcontratarse desde la ciudad de Nueva York a Mumbai; una idea Argentina genera ganancias en Finlandia. El mundo no se compone de territorios físicos o cuerpos políticos distintos; es un mar de relaciones entrelazadas que, como el viento, el agua y las corrientes térmicas, no se ajustan a límites imaginarios.

Hoy en día, las fronteras que importan no son las horizontales entre regiones, sino las verticales que dividen los estratos sociales, que se imponen en todas partes a la vez y no solo en los puestos de control individuales. Estos dividen la metrópolis en diferentes zonas de privilegio, determinando el acceso a los recursos y al poder. Esas zonas pueden encontrarse en cualquier lugar- un inmigrante indocumentado limpia la casa de un congresista por salarios ilegalmente bajos, los guardias blanden armas en la puerta de un hotel caro que alberga a empresarios europeos justo al lado de un barrio pobre en Nueva Delhi.

¿Quién tiene el sumo poder en este sistema?

¿Son los jefes de estado? Parecen responder directamente a los ricos, protegiendo sus intereses a toda costa. ¿Son los más ricos, los magnates que poseen corporaciones y se benefician de innumerables inversiones astutas? Todavía tienen que luchar para mantener sus posiciones mientras miles de contendientes luchan por reemplazarlos. ¿Qué tal la Reserva Federal, los banqueros, los que administran el sistema? Cuando algo sale mal, parecen tan impotentes y angustiados como todos los demás. ¿Es una conspiración secreta de magnates o masones? Eso suena como una retórica antisemita persistente, lo que implica que el problema es el poder de un grupo específico en lugar de la dinámica del sistema en sí.

¿O nadie tiene el control? La gente habla de la economía como habla de Dios o de la Naturaleza, aunque se trate de sus propias actividades y de las actividades de personas como ellos. Es una especie de tablero Ouija en el que las acciones egoístas de individuos que compiten se suman al desempoderamiento colectivo. ¿Ha habido alguna vez un dictador tan tiránico y destructivo como el mercado?

El capital parece ser autónomo. Fluye en un sentido, luego en otro; se concentra en una sola nación y luego desaparece caprichosamente al extranjero. Desde la perspectiva de un economista, es el sujeto de la historia, actuando sobre nosotros. Sus movimientos parecen imparables, inevitables. Y sin embargo, el capital tal como lo conocemos es simplemente una alucinación colectiva impuesta al mundo; la propiedad es sólo “real” porque nosotros la hacemos así.

El mercado recompensa la habilidad, la brillantez y la audacia- pero solo en la medida en que produzcan ganancias. La cualidad esencial naturalmente seleccionada por aquellos en la cima de la pirámide es que toman decisiones sobre la base de lo que concentra más poder en sus manos. Transmiten todos los costos de esta acumulación de poder que pueden—no solo a los trabajadores y consumidores y víctimas de la contaminación, sino también a sus cónyuges, secretarías y empleadas domésticas- pero no pueden evitar el hecho de que tienen que tomar decisiones en función de las limitaciones económicas o de lo contrario perder sus posiciones.

Así que se podría decir que el capitalismo pone el poder en las peores manos, pero eso no entiende el punto. No es que los recompensados por la economía suelen ser las peores personas, sino que—por egoístas o generosos que sean- sus posiciones están speditadas a ciertos tipos de comportamiento. En el momento en que un ejecutivo deja de priorizar la generación de ganancias, él o su empresa son reemplazados instantáneamente por un competidor más despiadado. Por ejemplo, en un mundo en el que las decisiones corporativas se rigen por la necesidad de producir buenos informes trimestrales, los directores ejecutivos son simplemente impotentes para tomar decisiones que anteponen la ecología a las ganancias. Pueden promover productos ecológicos o energía sostenible, pero solo como campaña de marketing o movimiento de relaciones públicas. La toma de decisiones genuinamente ecocéntrica solo puede ocurrir fuera del mercado.

So you don't have to believe all executives are bad people to conclude that capitalism itself is a problem. On the contrary, it's the defenders of the free market who have to make arguments based on human nature. To excuse the destructiveness of the economy, they have to argue that no other social system can motivate human beings and provide for their needs. Anthropologists already know that this is not true.

Así que no tienes que creer que todos los ejecutivos son malas personas para concluir que el capitalismo en sí mismo es un problema. Por el contrario, son los defensores del libre mercado los que tienen que hacer argumentos basados en la naturaleza humana. Para disculpar la destructividad de la economía, tienen que argumentar que ningún otro sistema social puede motivar a los seres humanos y satisfacer sus necesidades. Los antropólogos ya saben que esto no es cierto. Hace dos siglos la gran mayoría de las personas se empleaban extrayendo recursos directamente de la tierra: agricultura, pesca y minería. La revolución industrial empujó a gran parte de esta mano de obra a la fabricación. Hoy en día, se gana más dinero que nunca en la fabricación, pero gracias al progreso tecnológico se necesitan cada vez menos empleados para lograr la misma cantidad de producción.

En un sistema sensato, esto significaría más tiempo libre para todos nosotros, pero en el capitalismo sólo ahorra dinero a los empleadores y dificulta que el resto de nosotros consiga un trabajo. En las áreas más pobres, los barrios marginales sirven como reservas para los desempleados, manteniéndolos lo suficientemente cerca de los talleres clandestinos para reducir los salarios. En las zonas más ricas, toda esta mano de obra barata termina en la industria de servicios, ayudando a los capitalistas a promocionar sus productos. El servicio al cliente se está volviendo más central para la economía que la mercancía; las corporaciones no solo venden cosas, sino también atención, hospitalidad, empatía, asistencia, interacción- todo lo que solía ser una parte gratuita de la vida social. La industria de servicios es la capa fina de carne viva que se extiende sobre la maquinaria de hierro de la economía, alimentando los motores del deseo que la impulsan.

Mientras tanto, en una economía “globalizada”, los capitalistas pueden mover puestos de trabajo por todo el planeta a voluntad, eludiendo a las fuerzas laborales sindicalizadas o rebeldes y explotando a quien esté más desesperado. Todo esto se combina para crear una situación en la que el empleo es cada vez más temporal y precario. Crear un buen currículum se vuelve tan importante como ahorrar dinero; incluso los baristas y los lavaplatos llegan a verse a sí mismos como empresarios que venden no solo su trabajo sino también a sí mismos. Paradójicamente, incluso cuando la supervivencia se vuelve más difícil, más personas llegan a identificarse con sus roles dentro del capitalismo.

Sin embargo, a pesar de esto, el capitalismo está entrando en una nueva era de crisis e incertidumbre. Hasta hace unas pocas décadas, el movimiento obrero al menos obligaba a los capitalistas a pagar a los trabajadores lo suficiente para comprar los productos de su trabajo. Ahora el movimiento obrero viejo ha sido desbordado y todos los tratados de paz en la guerra

de clases han expirado; esto ha permitido que un puñado de magnates amasen las mayores fortunas de la historia, pero está erosionando la base de consumidores que sustenta toda la operación en primer lugar. También nos da al resto de nosotros cada vez menos razones para seguirle el juego. Podemos esperar una nueva ola de conflictos en los que el futuro del propio capitalismo volverá a estar en entredicho.

Se nos alienta a competir entre nosotros para mejorar nuestras posiciones de forma individual. Pero no hay suficiente espacio en la parte superior de la pirámide para todos nosotros, no importa cuánto trabajemos, y ningún esquema piramidal puede expandirse para siempre. Tarde o temprano está destinado a colapsar: la recesión y el calentamiento global son solo las primeras señales de advertencia. En lugar de hundirnos con los faraones, unamos nuestras fuerzas para establecer otra forma de vida.

CrimethInc.